

LUIS GOYTISOLO: REALISMO Y REALIDAD

LUIS VICENTE DE AGUINAGA

Universidad de Guadalajara

Palabras clave: Luis Goytisolo, novela española contemporánea, realismo

Resumen: En su conjunto, las novelas de Luis Goytisolo representan “un radical replanteamiento del realismo”, en palabras del crítico Juan Antonio Masoliver Ródenas. La intención de este artículo es formular sintéticamente una noción de realismo aplicable a la obra de Goytisolo, con ejemplos de sus novelas y ensayos.

Mots clés : Luis Goytisolo, roman espagnol contemporain, réalisme

Résumé : Les romans de Luis Goytisolo représentent, dans son ensemble, “une radicale mise en question du réalisme”, d’après le critique Juan Antonio Masoliver Ródenas. L’intention de cet article est de formuler synthétiquement un concept de réalisme apte à décrire l’œuvre de Goytisolo, avec des exemples de ses romans et ses essais.

Keywords: Luis Goytisolo, Spanish contemporary novel, realism

Abstract: Luis Goytisolo’s novels represent, as a whole, “a radical reconsideration of realism” in the words of criticist Juan Antonio Masoliver Ródenas. This article’s intention is to formulate a concept of realism able to describe Goytisolo’s works by taking examples from his novels and his essays.

En el camino preguntó don Quijote al primo de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesión y estudios; a lo que él respondió que su profesión era ser humanista...

Cervantes, *Don Quijote*, II, 22

Cuando, en mayo de 2001, Juan Antonio Masoliver Ródenas comentó en *Letras Libres* la novela que Luis Goytisolo había publicado siete meses antes, *Diario de 360°*, la reseña pudo abarcar –sin que, a final de cuentas, lo haya hecho– un problema entre cuyos términos ha venido a situarse la mejor literatura española de los últimos años (Masoliver, 2001: 89-90). Dicho problema es el de la herencia conflictiva del pasado remoto, el pasado reciente y el pasado inmediato, que no siempre consigue (y es por esto un conflicto) asumirse como heredad uniforme, continua y homogénea. Puede objetarse que toda herencia cultural, en la medida que se trata de un fenómeno de transmisión, implica las diversas etapas de un recorrido en el tiempo y es en consecuencia una suma de pasajes irregulares, discontinuos por naturaleza y únicamente ordenados merced a un esfuerzo de reconocimiento. La verdad, sin embargo, es que la española es una tradición que ha debido lidiar con sucesivas rupturas (no siempre de tipo estético, sino histórico) al tiempo que ha soportado los embates de una supuesta inmutabilidad, un carácter indivisible no menos fantástico y una coherencia de intereses voluntarista y estrecha. Tales condiciones la vuelven, si no peculiar, sí por lo menos representativa de una crisis que, pudiendo afectar a otras colectividades, afecta hoy a ésta de manera evidente.

Dos puntos del artículo de Masoliver me atraen en lo particular. El primero concierne al realismo en tanto escuela de representación o, si se quiere, de creación verbal. Masoliver declara que *Las afueras*, el primer libro de Goytisolo, supuso «un radical replanteamiento del

realismo», pero luego sostiene que Goytisolo «rechaza la tradición realista» en el conjunto de sus novelas. Debe concluirse, tal vez, que *Las afueras* no es un libro que pueda considerarse todavía en el grueso del proyecto al que da comienzo, y que acaso lo anuncia solamente. Viene después el otro punto: según el reseñista, la de Goytisolo es «una visión muy convencional de la literatura» entendida como «proceso histórico». Masoliver se opone a cierta concepción amarga y negativa de la Edad Media, que Goytisolo define como un lapso de «mil años de oscuridad» o «mil años de infelicidad». Las epopeyas de la Europa nórdica y el esplendor general de la España musulmana, responderían Jorge Luis Borges y Juan Goytisolo, bastarían sin más para mitigar esa oscura infelicidad. Pero no es que Luis Goytisolo niegue de bulto las posibles grandezas de la Edad Media: es, bien visto, que la Edad Media le sirve de antivalor o contrapeso de otro valor que le importa ensalzar, también de forma general y no detalle por detalle.

Ese valor (ese conjunto de valores) adopta para Luis Goytisolo un perfil anteriormente definido por la historia de la cultura: el perfil del Renacimiento. Es bien sabido que los humanistas florentinos del siglo XIV y del siglo XV apostaron por la reavivación de un legado artístico y de pensamiento, el del mundo clásico, y lo es también que su método no fue la imitación pura y simple del universo grecolatino sino la mezcla de *interpretatio* y *æmulatio*. Lejos de proponerse repetir las normas de una estética, de una moral o de una política, los humanistas procedieron por interpretación y por emulación de sus modelos. No abordaré aquí, por tratarse de un tema digno de otro estudio, las afinidades que los llevaron a elegir dichos modelos. En cambio, señalaré que Fernando Savater y Antonio Muñoz Molina, Guillermo Carnero y Antonio Colinas, Francisco Rico y Félix de Azúa, entre muchos otros, han tenido y tienen muy claro que la instauración de un régimen de libertades,

laico y civil, debe ser interiorizada en la España contemporánea bajo la forma de un renacimiento indispensable y frágil. Por ello mismo, investigaciones como las de Teresa González Arce –que han inspirado estas notas– enriquecen el orbe de los estudios literarios al identificar, en el espacio al que hago referencia, un orden mixto de renovación político-ideológica y reinención estética.¹

Más que una mediación, el nombre dado a la Edad Media quiere significar una suspensión, esto es: la interrupción de la energía creadora de Roma y, por supuesto, de Grecia, idealizadas ambas desde una óptica particular que hubo de rechazar (o, mejor aún, de satanizar) la etapa que se interponía. Servirse del Renacimiento como ejemplo de renovación –es lo que hace Luis Goytisolo, como trataré de mostrar más adelante– acarrea en consecuencia un refrendo también ejemplar: el de la Edad Media en tanto imagen y compendio mítico de todas las esclavitudes y todos los vasallajes intelectuales posibles, de todos los retrasos y los estancamientos. Pero el hecho de atribuir a determinada realidad las funciones de un símbolo no significa, en mi opinión, que se le niegue consistencia objetiva. La oscuridad medieval que Luis Goytisolo estigmatiza no corresponde ni equivale punto por punto a los productos culturales de la Edad Media concreta, si puede hablarse de tal cosa.

Dos novelas de Luis Goytisolo, así como un ciclo de artículos publicados en *El País* entre marzo de 2001 y abril de 2002, ilustran de modo certero y abundante las ideas que se ha formado el prosista

¹ La tesis doctoral de Teresa González Arce lleva el título de *L'apprentissage du regard: l'expérience herméneutique dans l'œuvre d'Antonio Muñoz Molina* (2001). Ese trabajo, al igual que muchos de sus artículos y libros posteriores, aborda el tema de la reciente narrativa española en busca de las diferentes manifestaciones (conscientes o inconscientes) de un modelo humanista de renovación literaria.

barcelonés a propósito del Renacimiento, la civilización latina y el mundo griego. Los artículos aparecieron bajo un mismo epígrafe o cornisa, *En torno a la Era Global*, y se ocuparon de temas varios: crítica literaria, informaciones políticas de actualidad, gastronomía, viajes. Poco después, todavía en 2002, Goytisoló reunió dichos artículos en *El porvenir de la palabra*, volumen editado por Taurus.² De las novelas, una (*Diario de 360°*, del año 2000) es a la vez cuaderno de apuntes, mosaico narrativo y meditación autobiográfica; la otra (*Estatua con palomas*, de 1992) combina dos relatos, uno que prefigura los momentos autobiográficos de *Diario de 360°* y otro cuyo protagonista es un joven patricio de la Roma del Principado, invención a su vez —el personaje, no la Roma del siglo I y el siglo II— de un segundo protagonista, el historiador Tácito. La presencia de la Edad Antigua en *Estatua con palomas* no requiere mayores demostraciones; en cuanto a *Diario de 360°* y *En torno a la Era Global*, por el contrario, debe aclararse cuando menos que las alusiones al mundo clásico y al humanismo florentino hacen ya las veces de modelo poético, ya las de referente ciudadano, ya las de ambos puntos de comparación reunidos en un mismo núcleo de preocupaciones generales.

Antes he dicho que, para Masoliver, diversas actitudes con respecto a la tradición realista marcaron el comienzo y marcan todavía el desarrollo de la vida literaria de Luis Goytisoló. El asunto del realismo y de los realismos ha impregnado, en efecto, no sólo una postura tan lúcida y profunda como la de Luis Goytisoló, que ha sabido tratarlo desde ángulos diversos: también las de José María Castellet, Juan Goytisoló, José Ángel Valente, Rafael Sánchez Fer-

² Algunas reflexiones de Goytisoló planteadas en *El porvenir de la palabra* se han desarrollado también en su ensayo más reciente, *Naturaleza de la novela* (2013).

losio, Juan Benet y Jaime Gil de Biedma fueron en cierta época posturas ideológicas adoptadas en función del realismo, y esto por aludir únicamente a la generación que divulgó sus primeros libros alrededor de 1955. Realismo crítico, realismo social y realismo socialista eran fórmulas en boga entre ciertos intelectuales cuando Franco celebraba los «veinticinco años de paz».

El concepto de realismo ha dado albergue a contenidos variables, muchas veces contradictorios, a lo largo de seis o siete siglos. Johan Huizinga recorrió ese período con extrema delicadeza en un trabajo fundamental: «Renacimiento y realismo» (1994). En la opinión de Huizinga, «el realismo no representa, ni mucho menos, *una* tendencia general del espíritu». El realismo escolástico, por ejemplo, se atiene más a la obtención de verdades generales que a la descripción de verdades particulares. En el extremo contrario, el naturalismo del siglo XIX resulta una especie de realismo analítico llevado hasta sus últimas consecuencias. «Los medios para conseguir la sensación de una realidad presente», resume Huizinga, «pueden consistir en la copia detallada del objeto o en la acentuación subjetiva de algunos de sus rasgos más relevantes.» La copia del natural, para Huizinga, corresponde a los intereses de las artes plásticas; la selección enfática de ciertos rasgos del objeto, por su parte, corresponde a los intereses de la literatura. En todo caso, ni las fronteras del Renacimiento delimitan los alcances del realismo ni las premisas del realismo agotan las características del Renacimiento, si bien debe aceptarse que ambas nociones recorren juntas un buen trecho de sus respectivos caminos.

Dicho lo anterior, debe asentarse que todo realismo es, en última instancia, una estética de la restitución. Ni el arte ni las doctrinas filosóficas realistas fincan su objetivo en la reproducción de una realidad vigente, por más que así lo parezca: su propósito es la restauración de un sentido extraviado –por mala fe, negligencia o desgaste– al que todavía es posible acceder mediante los datos del

universo material. Expresiones como «realismo fotográfico», por ello, alcanzan tal vez a declarar los procedimientos de una disciplina sin expresar por ello sus finalidades. Por estos motivos, acaso demasiado lejos de Luis Goytisolo en la geografía, un poeta como Roberto Juarroz aparece al cabo muy cerca de su ideario estético: el entendimiento del realismo en tanto esfuerzo de comprensión los aproxima. Juarroz dirá que «la primera condición de cualquier poesía válida» es «abrir la escala de lo real»; ello hará de la poesía —en el sentido más amplio de la palabra, ya que de amplitud se trata— «el mayor realismo posible». Juarroz hablará incluso de recuperar el ser, de acceder a un despertar mediante la palabra, de forjarse una «nueva mirada»: formas de la recuperación, del recobrar algo y recobrase a uno mismo, del renacimiento como tentativa de la existencia humana (Juarroz, 1992).

Otro poeta, José Ángel Valente, pronunció en 1966 la siguiente declaración de principios:

En la medida que la poesía conoce la realidad, la ordena, y en la medida que la ordena, la justifica. En esos tres estados se inserta, a mi modo de ver, el triple compromiso intelectual, estético y moral de la poesía con la realidad. No hay gran poesía ni ningún otro tipo de arte superior sin ese compromiso profundo.

En ese preciso sentido, y no en otro, creo también que todo gran arte es por naturaleza un arte realista. Uno de los verdaderos aciertos de los modernos teóricos del realismo ha sido —dicho sea de paso— el de no presentarse como escuela de nueva invención, sino como depositarios de todo el gran arte del pasado, desde la tragedia griega hasta la comedia humana (Valente, *apud* Provencio, 1988).

Pocos años después, hacia 1971, Luis Goytisolo –entrevistado por Federico Campbell– fue categórico: «me considero un escritor realista». Y luego añadió: «Para mí la realidad es una condición imprescindible de la literatura, una realidad por supuesto que incluye hasta lo onírico» (Cambell, 1994: 181). La convicción de Goytisolo, en suma, difiere de las opiniones de Masoliver, al punto que las contradice por adelantado. Es verdad que Luis Goytisolo vino a replantear en 1958, con *Las afueras*, la doctrina realista que imperaba entonces. Pero en ese realismo específico no se agotaban los realismos en general, y perspectivas como las adoptadas por Valente y por Juarroz permiten afirmar que Goytisolo ya buscaba desde sus inicios una solución, una respuesta: la respuesta y la solución al problema de la insuficiencia del realismo que se practicaba en esos años. Goytisolo, sin ir más lejos, declaró en esa misma conversación que «la realidad es una parte de lo real»: Paul Klee, citado por Juarroz, habría dicho que «lo visible es sólo un ejemplo de lo real».

Porción y ejemplo de lo real, que por lo tanto la incluye y la supera, la realidad es continuamente referida en *Estatua con palomas*, *Diario de 360°* y la serie de artículos *En torno a la Era Global*. Debo insistir además en que dicha referencia continua suele acompañarse de abundantes menciones al Renacimiento y al mundo grecolatino. Tanto la Grecia de Pericles como la Roma imperial y la Italia de los humanistas aparecen reunidas bajo un rubro, el de la Era Verbal o Era Mediterránea, cuyo antagonista semántico es la Era Global que ahora comienza. El auge de una etapa histórica, la Global, implica por definición el declive de la otra, la Verbal:

El proceso de globalización política, social y económica ha venido gestándose a lo largo de todo el siglo XX. Su triunfo, a primera vista, supondría el triunfo de [una] cultura basada en la palabra. Pero, paradójicamente, la

coincidencia de tal proceso con el desarrollo informático y audiovisual de los últimos años, ha convertido al lenguaje en poco menos que un estorbo para esa cultura fundada en el lenguaje. Lo que hoy requiere la comunicación no es idiomas, sino un código, un lenguaje instrumental lo más simplificado posible. La verdadera sustituta de la palabra no es hoy la imagen sino la presencia virtual de la realidad evocada, y leer y escribir se convierten paulatinamente en actividades superfluas en relación a la vida de cada día (Goytisoló, 2001).

A primera vista se opinaría que dicha «presencia virtual de la realidad evocada» (típica, para Goytisoló, de la Era Global) es *una realidad* a fin de cuentas, con lo que realismo y globalización podrían congeniar después de todo. Lo cierto es que Goytisoló distingue la *presencia virtual* de la *presencia verdadera*, contraponiéndolas de modo irresoluble. De vuelta en *Estatua con palomas*, Junio —aquel personaje que, dentro de la novela, es también personaje de un autor latino, Tácito— va en busca de «una nueva forma de expresión, un tipo de creación literaria distinta de cuantas hasta entonces parecían haber sido ensayadas», y al compartir el objeto de su búsqueda en cierta reunión de amigos da con la vivacidad que necesita: «Se diría que según Junio exponía sus ideas, éstas cobraban entidad propia y, más que representación de un objeto, eran el objeto representado, así de tangible» (Goytisoló, 1992, 204). Tácito, por su parte, desengañado relativamente de la historia en tanto género de relato palaciego, reconoce como suyos los intereses de Junio —figura de su invención— y apunta lo que sigue.

Todos sabemos hasta qué punto el verdadero protagonismo de los acontecimientos recae con frecuencia, a espaldas del

príncipe, sobre personas apenas conocidas por el ciudadano. Este hecho, el carácter secreto o, si se prefiere, anónimo, de los verdaderos agentes de la historia, permite incluso pensar en una variante del género que, partiendo de seres de ficción, llegase a ofrecer un fresco de la realidad mucho más expresivo y ajustado a los hechos que cualquier crónica oficial. La clase de realidad que nos brinda, en definitiva, un poema de Safo, cualquier diálogo platónico o una sátira de Horacio (Goytisolo, 1992: 244-245).

Tal «clase de realidad» autónoma y directa, y no la «presencia virtual» de un hecho que pierde validez en la medida que lo simplifica un código «instrumental» y utilitarista, es la que da sustancia y justificación al realismo de Luis Goytisolo. Si hubiera que citar un mito fundador para exponer las características de semejante realidad incontrolable y desestabilizadora, incompatible con los discursos prefabricados, el propio Goytisolo habría propuesto ya el de Lucifer en *Diario de 360°*. Multiplicado en la diferencia y en la marginalidad, Lucifer (seré yo quien subraye) «no cuenta con *otro* recurso que el de insinuar secretamente al oído la existencia de *otras* alternativas»:

Palabras que se dicen, o que afloran secretamente en el interior de cada uno, que iluminan a la casada víctima de un matrimonio imposible y le guían en el descubrimiento de que el amor tiene existencia real. O que, en forma de texto grecolatino, llegan a manos del hombre del Renacimiento y le hacen ver que la infelicidad medieval tiene remedio. O que, despertando la inventiva en un espíritu juvenil, le lleve a imaginar palabras susceptibles de cambiar, no ya su propia vida, sino también la de quien las lea (Goytisolo, 2000: 38).

En síntesis, la irrupción luciferina de la realidad (verificada en forma de palabras) afecta lo mismo, llegado el caso, a los comportamientos privados que a los públicos. El descubrimiento de la intimidad erótica, el hallazgo científico y el reconocimiento de la vocación literaria son las experiencias ideales en que Goytisoló proyecta dicho advenimiento. En la palabra, entonces, y no a través de la palabra ni por intermedio suyo, está el secreto del realismo preciso al que me refiero, sea cual pueda ser el adjetivo que lo defina. Por otro lado, si es verdad que todo realismo es una estética de la restitución, conviene preguntarse qué restitución o la restitución de qué sentido interesa de modo particular a Luis Goytisoló.

Cuatro años mayor que su hermano Luis, Juan Goytisoló pasó la primera etapa de su vida literaria en condiciones análogas a las que forzosamente conoció el autor de *Las afueras*. Tras la muerte de Franco, Juan Goytisoló escribió los artículos que agruparía después en *Libertad, libertad, libertad* (1978). En ellos quedaría expuesta su opinión del paso a la democracia y asentada, por ejemplo, una visión muy interesante de la dictadura: el idioma de los españoles, el vocabulario mismo del castellano, estaba padeciendo el fin de una larga ocupación, un sitio militar de cuatro décadas que se hacía preciso levantar de una vez por todas, con urgencia y cuidado. Los escritores españoles, por su propio bien y por el de su comunidad, tenían ya que valorar la importancia moral de la innovación estilística, la invención verbal y la independencia creadora: «examinar el peso específico de los conceptos y palabras», dijo en 1976 Juan Goytisoló, «no será pues en un futuro próximo un excusable ejercicio retórico, sino una empresa indispensable de salud nacional» (Goytisoló, 2001: 30-31).

Enfocado en retrospectiva, el esfuerzo realista de Luis Goytisoló puede interpretarse como un dispositivo de resistencia en contra de la censura dictatorial. Ello, sin embargo, limitaría su impulso

más profundo y más extendido. Los adversarios de Goytisolo, por así decirlo, han sido los pedagogos y los abanderados en general de un régimen opresivo; pero también lo han sido los ideólogos de un realismo chato, supuestamente progresista, y los actuales promotores de la informática y la publicidad.

Luego, no debe pensarse que Luis Goytisolo haya organizado sus energías en previsión de una sola batalla. Refiriéndose a la España del siglo XIX, por ejemplo, Goytisolo habrá caracterizado así la resurrección del medio intelectual y de su trabajo: «La reaparición de los escritores fue [...] el primer síntoma de la recuperación del país». Y más aún: «Escritores y artistas, especialmente pintores, que ya en la primera mitad del siglo XX iban no sólo a poner de manifiesto la fuerza del propio espíritu creador, sino a rescatar la memoria del espíritu creador de otras épocas, caído en el olvido» (Goytisolo, 2001). En todo punto comparable será la imagen que proponga de los intelectuales renacentistas: «El escritor, incluso el mero lector, se convirtieron [al terminar la Edad Media] en personas de gran influencia social. Sabían más. Entendían mejor el mundo y se entendían mejor a sí mismos» (Goytisolo, 2000: 13).

Poco importa, pues, que las nociones de Renacimiento y de realismo no sean estrictamente correlativas en un plano histórico restringido. Importa, en cambio, que para un escritor como Luis Goytisolo se vinculen ambas dentro de un mismo proyecto de intención humanista.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CAMPBELL, Federico (1994), *Infame turba. Entrevistas a pensadores, poetas y novelistas en la España de 1970*, Barcelona: Lumen.

- GONZÁLEZ ARCE, Teresa (2001), *L'apprentissage du regard: l'expérience herméneutique dans l'œuvre d'Antonio Muñoz Molina* [Tesis], Montpellier.
- GOYTISOLO Luis (1992), *Estatua con palomas*, Barcelona: Destino.
- (2001a), «El declive de la cultura verbal», *El País*, 3 de marzo de 2001.
- (2001b) «Viajar a España», *El País*, 8 de septiembre de 2001.
- (2000), *Diario de 360°*, Barcelona: Seix Barral.
- GOYTISOLO, Juan (2001), «Hemos vivido una ocupación», en *Pájaro que ensucia su propio nido*, Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, pp. 30-31.
- (2013), *Naturaleza de la novela*, Madrid: Anagrama.
- HUIZINGA, Johan (1994), «Renacimiento y realismo», en *El concepto de la historia y otros ensayos*, trad. Roces, Wenceslao, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 157-185.
- JUARROZ, Roberto (2000), *Poesía y realidad*, Valencia: Pre-Textos.
- MASOLIVER RÓDENAS, Juan Antonio (2001), «Luis el fatalista», *Letras Libres*, mayo de 2001, pp. 89-90.
- PROVENCIO, Pedro (1988), *Poéticas españolas contemporáneas*, vol. 1: *La generación del 50*, Madrid: Hiperión.

